



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Deuda externa, desarrollo e integración latinoamericana

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1989). Deuda externa, desarrollo e integración latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 3(15), 210-217.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 15, (mayo-junio de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## DEUDA EXTERNA, DESARROLLO E INTEGRACION LATINOAMERICANA

Por *Leopoldo ZEA*  
CCYDEL, UNAM

LOS GRAVES y recientes sucesos en Venezuela deberían ser una alerta para acreedores y deudores de lo que puede suceder a todo lo largo de la América Latina si unos y otros no cambian de actitud respecto del problema de la deuda externa. Los primeros, empeñados en preservar y aumentar ganancias a partir del servicio de la deuda, la que, como tal, ha sido pagada con creces con los sacrificios que se han venido imponiendo a los pueblos latinoamericanos. Pago del servicio, que no de la deuda, ya que ésta, lejos de disminuir, aumenta por el porcentaje siempre creciente de tal servicio. Los segundos, los deudores, empeñados a su vez en imponer a sus pueblos los sacrificios que exigen los acreedores para obtener nuevos préstamos que apenas sirven para pagar el servicio de la deuda. "No tenemos, nos dicen, más remedio que aceptar las condiciones que exige el Fondo Monetario Internacional para así obtener más préstamos". Salvo que estos préstamos dan relativo descanso al endeudamiento de quienes conducen y se benefician con la economía de los países endeudados; nuevo endeudamiento que cae con brutalidad sobre la gran masa de los pueblos latinoamericanos que no han gozado de las ventajas del asfixiante endeudamiento, no de los propios y crecientes sacrificios que se imponen para el pago de tal servicio.

La resistencia de los pueblos latinoamericanos a aceptar sacrificios que no tienen otro fin que asegurar intereses de oligarquías locales, intereses que lejos de beneficiarles los abruman, se ha hecho ya expresa con gran violencia en varios lugares de la América Latina como Brasil, Argentina y ahora con brutal violencia en Venezuela. En México el pueblo, supuestamente más aguantador, dio respuesta cívica contra los sacrificios que le fueron impuestos, en las recientes elecciones del pasado 6 de julio de 1988. El voto popular representó un fuerte repudio a la política de condescendencia impuesta por los acreedores, así como a la corrupción que había originado una deuda que sólo benefició a grupos de intereses ajenos al pueblo

y a la impositiva política de sacrificios que no caían sobre los beneficiarios del endeudamiento sino sobre el pueblo que tenía que asumir el pago de tal deuda. Los pueblos se niegan a pagar lo que no deben; deuda acrecentada por los propios acreedores que hacen recaer sobre los mismos pueblos no sólo el costo del servicio de la deuda, sino el costo de su propio derroche, elevando los intereses del servicio de acuerdo con su propia economía, su propia inflación o endeudamiento interno para que el costo del mismo no caiga sobre sus propios pueblos.

Los gobiernos latinoamericanos tienen ya clara conciencia, y así lo están manifestando, de que los pagos exigidos, encaminados tan sólo a garantizar las ganancias y pérdidas propias de los acreedores, no pueden ser pagados por pueblos cautivos en una política económica infernal que les impide desarrollarse y así poder afrontar el endeudamiento. Son los acreedores los que impiden este obligado crecimiento al imponer políticas restrictivas al comercio de los países endeudados. Nuestros pueblos, lejos de encontrar respiro para lograr el crecimiento que les permita enfrentar sus problemas económicos, cargan también con los problemas que afrontan las naciones desarrolladas, las que en su afán de proteger los intereses de sus ciudadanos, los revierten sobre los deudores de los mismos. Problemas como los que originan los gastos para un armamento supuestamente defensivo, una y otra vez obsoleto, cuyo costo pagan también los pueblos de los países endeudados, acrecentando su endeudamiento al aumentar las tasas de interés. La paz por la amenaza de la guerra, la seguridad y estabilidad por la represión de los pueblos que no aceptan estos sacrificios, lejos de resolver el problema de la deuda lo van agravando. Nuestros pueblos no pueden ya seguir cargando con los sacrificios que les exigen los intereses de sus oligarquías ni, menos aún, con los que les exigen para su propia estabilidad las naciones altamente desarrolladas.

La cada vez más creciente conciencia entre los gobiernos de la América Latina de que para pagar hay que crecer, que sólo el propio desarrollo podrá permitir a los pueblos cumplir sus compromisos, ha replanteado un viejo problema, problema de la integración latinoamericana. La necesidad de un frente común para adecuar el pago del servicio de la deuda, ya que es imposible el pago de la misma y se la debe adecuar al obligado desarrollo de los pueblos de la región. Existe ya una coincidencia de criterios en este sentido, pero impide su realización ese temor de que hablamos, el de no obtener préstamos que permitan el pago de los servicios de la deuda, acrecentando así la misma y el nuevo y obligado pago de los servicios. Se habla de concertación, pero siempre que la misma no impida la

negociación bilateral con el acreedor, y sólo se da respiro a las oligarquías regionales castigando a sus pueblos, lo que origina reacciones cada vez más violentas contra esta política. Frente a esta falta de unidad en Latinoamérica, vemos a los grandes países industrializados que, bajo la batuta de los Estados Unidos, se reúnen periódicamente para limar sus problemas internos y establecer unificadas políticas frente a los pueblos subdesarrollados. Potencias unidas en carteles o clubs de acreedores, dispuestos a no ceder en ninguna de sus exigencias. En clubs, carteles o cualquiera sea su nombre, los acreedores se encuentran unidos e imponen sus condiciones sobre pueblos cuyas posibilidades de pagos les tienen sin cuidado. Hay que pagar, aunque los pagos superen ya el monto de las deudas hechas. Si estos pueblos no pueden vencer el subdesarrollo dentro de estas condiciones, peor para estos pueblos. No se considera que su incapacidad para seguir haciendo sacrificios que rebasan las posibilidades físicas sólo puede originar la cancelación de tal deuda, no ya por decisión de sus gobiernos sino por imposibilidad concreta de hacerlo. Pues da lo mismo para estos pueblos morir lenta o violentamente, a plazos o al contado.

La posibilidad de que los deudores de América Latina se unan es condenada una y otra vez. Los acreedores sólo aceptan las negociaciones en relación bilateral, nada en conjunto, nada de carteles de deudores. El presidente Carlos Andrés Pérez, de Venezuela, habló al tomar posesión de su cargo de la necesidad de la integración latinoamericana: "Nos integramos —afirmó— o desaparecemos". Respecto de la deuda externa dijo: "Cada país tiene sus propios bancos, y sería imposible una negociación global de la deuda. Lo que nosotros pretendemos es que colectivamente fijemos un marco global para el pago, y ése es el objetivo que buscamos. Creado ese marco cada país discutirá con sus acreedores la manera de pagar la deuda". De este modo eludía el presidente Carlos Andrés hablar de un Cartel de Acreedores y mantenía así la posibilidad de negociar por separado con los acreedores respectivos, pero dentro de un marco global que no implica una acción global como la que realmente imponen los acreedores en conjunto respecto de los deudores. Quedaba abierta la negociación bilateral con los bancos acreedores y no la global que paradójicamente impone el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, ante la misma posibilidad de este enfoque global, ya en el ambiente de esos días en Caracas, el vicepresidente de los Estados Unidos, Dan Quayle, reaccionó advirtiendo que los Estados Unidos se opondrían a la unificación de los deudores. "Nos oponemos absolutamente —dijo— a la idea de un cartel de deudores". El tratamiento de deuda debe hacerse caso por caso, con res-

peto a la soberanía, que no puede ser afectada, de las naciones acreedoras y deudoras. "Nuestra posición —agregó— es que un cartel de deudores no va a ninguna parte". "Todo mundo conoce nuestras restricciones presupuestarias". Estas no podrán distraerse para atender intereses ajenos a los Estados Unidos. "Está claro que problemas como los de la deuda externa no pueden caer sobre los contribuyentes estadounidenses, esto nos resulta inaceptable". Los accionistas de los bancos prestadores esperan obviamente ganancias que no pueden estar limitadas por la incapacidad de los países endeudados para resolver los problemas de su deuda.

El presidente Carlos Andrés Pérez, frente a esta reacción y otras que mostraban los acreedores, declaró que era una calumnia, que en ninguna forma se había propuesto la creación de un cartel de deudores. El presidente Carlos Andrés, necesitado de los fondos solicitados, hizo patente de inmediato su decisión de aceptar las condiciones establecidas por el FMI decretando medidas consideradas anti-inflacionarias destinadas a pagar los servicios de la deuda venezolana. La respuesta popular no se hizo esperar, y así se originó la tragedia que ha sacudido al mundo entero, mostrando el error de una política económica que pretende alcanzar ganancias limitando sus propias pérdidas sobre pueblos cada vez más empobrecidos. Frente a esta política estaba la reacción de gente dispuesta a morir de una vez por la violencia y no poco a poco aguantando sacrificios sin fin. Obviamente, tal decisión, de extenderse a toda la América Latina, dejaría a los acreedores sin deudores a quienes pasar las cuentas de la deuda y sus obligadas ganancias. Sería la muerte de la gallina de los huevos de oro, pero sería también la de quienes pretenden matarla para sacar de sus entrañas un tesoro que sólo la alimentación hace posible.

Ante hechos que nadie puede ahora negar, el presidente de Venezuela enfatizó "que si no hay cambio en el injusto e indecente orden internacional, 1989 será el año de la destrucción del proceso democrático en la América Latina". Pero también lo será, habría que agregar, el de la democracia de la bonanza de los acreedores. Si el mundo desarrollado, agregó "no abre sus barreras proteccionistas y pague precios decorosos por las materias primas", "todo estará perdido para la democracia latinoamericana". Criticó a las oligarquías nacionales que usufructúan ganancias en América Latina y cargan a sus pueblos con las pérdidas: "Si no aceptan ganancias lógicas y alejadas de todo exceso, al final perderán lo que tienen y lo que les ha permitido acumular el bienestar del cual disfrutaban". Insistió en que no se trata de formar un cartel o club de deudores; de lo que se trata es de no negociar aisladamente lo que es un

proceso común. Recordó que los acreedores se han agrupado en el llamado Grupo de los Siete, "al cual nadie considera un Club de Usureros", pero que de hecho coordina la postura de las naciones con más alto grado de desarrollo en relación con las que no lo han alcanzado.

Para los pueblos de la América Latina, el pago de la deuda que los acongoja está, obviamente, ligado a su crecimiento, a su propio y necesario desarrollo, que depende a su vez de la capacidad de estos mismos pueblos para unir esfuerzos y enfrentar problemas que les son comunes, esto es, integrarse como han estado integrados pero bajo diversas dependencias. Integrarse en la libertad en defensa de los propios intereses. Y para ello dejarse de eufemismos respecto de cómo llamar tal integración. En 1810, a lo largo de la América Latina, del Río Bravo a Tierra de Fuego brotaron movimientos de emancipación frente al coloniaje ibero. En México y Centroamérica, Venezuela, Nueva Granada, Alto Perú, Río de la Plata, Chile y posteriormente Brasil, la emancipación contra el coloniaje ibero fue generalizada. Pronto se tomó conciencia de que era necesario liberar no sólo a los propios países sino también a los vecinos, y surgió así la preocupación por la liberación continental. San Martín marchó de sur a norte, mientras que Bolívar lo hizo de norte a sur, encontrándose y coordinándose las tropas de liberación anti-colonial. Así llegó el momento de la batalla definitiva que fue para hispanoamérica la de Ayacucho, en 1824. Y a partir del triunfo la búsqueda de la integración en la libertad para así poner fin, de una vez por todas, a la integración colonial en la dependencia.

Pero ayer como hoy la búsqueda de la integración en la libertad encontró la más inmediata oposición en nuestro vecino de Norteamérica, los Estados Unidos; en la primer nación que había dado el ejemplo rompiendo con el coloniaje inglés. De inmediato, más que apoyar a pueblos que seguían su ejemplo, hará patente su interés por mantener el coloniaje español en las Antillas y su oposición a la integración de pueblos que de esta forma podrían limitar sus proyectos de expansión para ocupar el vacío de poder que dejaba el imperialismo ibero. La correspondencia del Departamento de Estado de los Estados Unidos con sus agentes y aliados era bien clara: nada con planes de integración de la región recientemente liberada, que limitarían su proyectada expansión; nada con Simón Bolívar, que hablaba de integración y se disponía a liberar, junto con México, los territorios que en el Caribe estaban aún bajo el coloniaje hispano. La integración propuesta por el Libertador, y para la cual convidó a los pueblos emancipados a Panamá, era contraria a los intereses de los Estados Unidos. Pero habría que convencer a los invitados

latinoamericanos de que tal integración era contraria a la soberanía de sus naciones.

Los Estados Unidos fueron invitados contra la voluntad de Bolívar, y enviaron dos representantes que llevaron consigo las instrucciones del Secretario de Estado Henry Clay. "El presidente opina —dice Clay— que el referido Congreso se debe considerar como un cuerpo diplomático, y no como revestido de poderes de una legislación ordinaria; es decir que un solo Estado de los que tengan representación no se debe considerar comprometido por cualquier pacto o hecho al cual no suscriba y convenga su representante". "De ese modo —agrega— se destruye la tentativa de obligar a la minoría a convenios opuestos a su opinión por la mera circunstancia de la concurrencia de la mayoría, y cada Estado gozaría su libre albedrío y voluntad y se gobernará por sus propios intereses". No se puede someter la soberanía de una nación a la voluntad de la mayoría de las otras. Así lo propuesto por Bolívar resultaría inaceptable para los Estados Unidos y cualquier nación libre del resto de la América. "Se desecha la idea de un Consejo Anfictiónico —sigue Clay— revestido de poderes para decidir las controversias que se susciten entre los Estados americanos, o por arreglar de cualquiera manera su conducta". "Tan absurdo sería confiar los intereses diversos y complicados de las naciones de un vasto continente a una sola autoridad legislativa, como establecer un Consejo Anfictiónico que arreglase los negocios de todo el orbe". Tal cosa "en la reunión de Panamá tendrá la oposición de los Estados Unidos y de las naciones igualmente celosas de su autonomía". Invitaba finalmente a convencer a los demás ministros "de su fe en instituciones liberales y prevenirles contra las maquinaciones ambiciosas y planes, vengan de donde vinieren, que tiendan a la destrucción de los sistemas liberales".

Ayer como hoy, potencias como los Estados Unidos se niegan a aceptar la integración de países que con ella limiten su hegemonía. Ahora se vuelven a escuchar los mismos argumentos frente a Bolívar. La integración va en contra de la soberanía de las naciones. Estas, por su bien, deben evitar someterse a formas de dependencia. Sin embargo, contrariamente a estas aseveraciones las mismas naciones desarrolladas están dando solución a sus problemas mediante su integración. Por ello naciones que forman el continente europeo han constituido la Comunidad Europea, que integrará las diversas expresiones de sus pueblos en los campos de la política, la economía y la cultura.

¿Qué motiva esta integración europea? Europa, al terminar, en 1945, la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en absoluta ruina; sus ciudades, campos, industrias, destruidos, y millones de hombres



muestrados. Era la segunda vez que Europa se convertía en campo de una batalla mundial. Su más poderoso aliado, Estados Unidos, al otro lado del Atlántico, estaba, por el contrario, incólume. A cargo de esta potencia quedaría la restauración de Europa. Una restauración por la cual tendrían que pagar los europeos. Económica y políticamente Europa quedaba bajo la dependencia de la gran potencia estadounidense. Así lo sintieron los europeos desde el mismo inicio de la posguerra. El otro aliado, la Unión Soviética, ocupaba ahora una parte de la Europa Central y empezaba la lucha hegemónica por el mundo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Europa volvía a ser el posible campo de batalla de una Tercera Guerra por esta hegemonía. Europa Occidental era ya un satélite de los intereses de los Estados Unidos en Europa, un satélite bien armado para impedir la expansión soviética sobre el resto de Europa. Los Estados Unidos, con armas cada más sofisticadas, apuntaban desde bases europeas hacia la Unión Soviética. Al mismo tiempo los Estados Unidos ocupaban el "vacío de poder", como diría el presidente Eisenhower, que dejaba Europa al retirarse de sus diversas colonias en el mundo. Los Estados Unidos se encargaban del nuevo orden colonial sustituyendo a sus aliados europeos en lugares como Indochina, lo que originaría la guerra en Vietnam que tan hondamente calara en la conciencia puritana estadounidense. Sus barcos, portaaviones y paracaidistas surcarán diversos lugares de la tierra para imponer la *Pax Americana*. El Mediterráneo se convertirá en un lago estadounidense desde donde se castigará la subversión de los pueblos que en África y el Medio Oriente se resistan a la hegemonía. Los europeos conscientes del hecho dirán: "ahora ya sabemos lo que es ser colonia de una gran potencia". Los Estados Unidos en nombre de la paz y la seguridad de Occidente mantenían fuertemente armados su hegemonía sobre Europa, transformándola en simple base de sus intereses.

En los últimos años se venía hablando de algo que parecía imposible, la integración de la Comunidad Europea, la integración de los pueblos europeos pero sin los Estados Unidos. Esto sucederá en 1992. ¿Frente a quién se unen los europeos? ¿Qué motiva su integración? Se trata de la integración de pueblos disímiles, diversos racial, cultural, religiosa y lingüísticamente. Pueblos que han luchado entre sí a lo largo de los siglos por imponer sus respectivas hegemonías. ¿Qué los une? ¿Qué los integra? ¿El temor a la Unión Soviética? Los promotores de la integración europea que se avecina dicen, por el contrario, que ha sido la Unión Soviética, con sus reformas, su Perestroika y su Glasnost, la que ha estimulado la creación de la Comunidad Europea.

¿Por qué? Porque el instrumento de su subordinación a los Estados Unidos, el obligado armamentismo, el escudo defensivo frente a la Unión Soviética, resultó innecesario. La Unión Soviética no necesita de la guerra, no necesita de territorios para garantizar intereses allende sus fronteras. La Unión Soviética quiere hacer realidad las promesas del socialismo como la de elevar el nivel de vida de su pueblo, logro impedido por el obligado armamentismo. ¿o vale esto para todos los pueblos? Europa sí que se puede bastar a sí misma, se bastará si se integra. No es contra los Estados Unidos ni contra la Unión Soviética que se une, sino que se une para garantizar los intereses de sus propios pueblos. La integración europea en la paz puede hacer más por sus pueblos que la unión bajo la hegemonía armada de los Estados Unidos ante un supuesto enemigo que también quiere la paz. Sólo las armas que hagan necesaria su seguridad, pero no ya la seguridad de los intereses del centro del imperio. Frente a la nueva actitud europea, el presidente de los Estados Unidos, George Bush, ha declarado recientemente en Tokio: "No debemos olvidar que la amenaza soviética sigue siendo real y tenemos que hacer más para educar para la guerra y recordar el carácter persistente de esa amenaza y la necesidad de defensa fuerte". Pero esto es, precisamente, lo que se pone en entredicho en Europa, al no aceptar como real tal amenaza e integrarse para la paz haciendo obsoleto el escudo militar estadounidense mediante el cual se mantenía su dependencia.

Ahora bien, ¿por qué no hacen lo mismo los pueblos de la América Latina? La confrontación que los Estados Unidos se empeñan en mantener en el mundo frente a la Unión Soviética no puede seguir siendo instrumento para mantener su hegemonía e intereses sobre la región al sur de sus fronteras. Tal confrontación deja de tener sentido en Europa, que busca en su integración la mejor defensa frente a una supuesta y posible agresión. ¿Por qué la América Latina no se integra a su vez dejando de lado la integración vertical impuesta por el centro de poder al servicio de sus exclusivos intereses? La economía y la política de nuestros pueblos no tienen por qué estar subordinados a otros intereses en nombre de una seguridad que no es sino la de los intereses de nuestro poderoso vecino. No se trata de enfrentar a los Estados Unidos sino de exigir para nuestros pueblos lo que los Estados Unidos exigen para el suyo. Nada más, pero al mismo tiempo nada menos.